

sorero, bachiller Pascual Mallen de Rueda y doctor D. Francisco Ruiz, canónigos. Estuvo en sedevacante el gobierno hasta diez y seis de mayo de mil seiscientos treinta y nueve, en que en nombre del sucesor con su poder tomaron por él posesion los doctores D. Gaspar Núñez de Leon y D. Francisco Ruiz arriba nombrados. Hizo el rey (á quien Dios guarde) merced á la santa catedral de la tertia parte que importó la cuarta vacante de los diezmos. Consta por cédula real de dos de febrero de mil seiscientos y treinta y nueve años. La otra tertia parte habia dado S. M. al nuevo electo, doctor D. Juan Alonso Ocon, como consta de otra cédula dada en Madrid á cinco de abril de mil seiscientos y treinta y ocho años.

CAPITULO QUINTO.

De las vidas de algunas religiosas del convento de la Concepcion de Mérida.

Habiendo procedido tan adelante en estos escritos, y habiendo visto el lector que hay convento de madres religiosas en la ciudad de Mérida, y que de ninguna en singular se ha tratado, suponiendo que en cualquiera comunidad, y mas siendo religiosa, de ordinario hay mucho bueno, quedando de ello noticia puede ser para gloria de Dios y edificacion de los fieles, presumo me da yá por culpable y me acusa (en su interior por lo menos) de omiso en materia tan grave. Aseguro no haber sido descuido, sino querer juntar un ramillete de cándidas azucenas, tan agradables á los ojos de Dios como habrán sido las puras vírgenes

que en este religioso convento le han servido. Y si aquella es gloriosa continencia digna de inmortales alabanzas, no la que la necesidad fuerza sino la que elige la voluntad del santo propósito, ésta es la que ofrece ahora á la pluma materia digna de espíritus angélicos, para referir con igualdad virtudes del virgíneo coro que voluntariamente ofrecido á la Majestad Divina en este convento, solicita eterno nombre entre los ángeles, en lugar del que la sucesion temporal pudiera conservarles en el santo matrimonio, como á los demas de sus parientes. Nombre de ángeles da á las vírgenes S. Basilio; pero este nombre S. Pedro Crisólogo se lo atribuye á felicidad en los espíritus celestes, y no parece concederles haberle merecido. Sí los vírgenes, que alcanzan con las fuerzas que les da la divina gracia lo que el ángel tiene por naturaleza. De donde arguye ser mas glorioso este nombre alcanzado con la virginidad en nuestra naturaleza, que tenerlo por los celestiales espíritus.

Yá se dijo el origen de la fundacion de este convento: veamos ahora los frutos de santidad que ha dado esta religiosa clausura de vírgenes que prudentes se dispusieron voluntariamente á merecerse nombre de ángeles, y á los divinos desposorios en que piadosamente se puede creer se les dieron las arras de la gloria y la corona de esposas merecidas. La primera que se entiende haberla alcanzado fué la madre Ana de S. Pablo, natural de la ciudad de México, y hija de Diego Dias Navarrete y Da. Petronila de Méscua. Entre las cinco fundadoras vino por maestra de novicias, prueba bastante de su mucha religion, pues en un convento tan grave, y donde hay tan grandes religiosas como en el de la Concepcion de México, para una nueva fundacion la eligieron por norte, guia y maestra de la observancia regular y espejo de vida religiosa. Recibió el habito en aquel convento y profesó á nueve de

abril de mil quinientos sesenta y tres años, y vino el de noventa y seis á fundar el de la ciudad de Mérida. Fué religiosa observante, singular penitente, y en lo que mas se señaló fué en la continua oracion y contemplacion con que consideraba la grandeza y majestad de su esposo. Comun sentir es de los teólogos con santo Tomas, que en la media region del aire hay no pocos demonios que en ella son atormentados. Y S. Bernardo dice que los puso la divina justicia en aquel medio para que desde allí considerasen á los justos glorificados en la patria, y á los que peregrinos en esta vida mortal aspiran con la perfeccion á la eterna para que los vean y los envidien, y la envidia los atormente. Esto sin duda debia ocasionar al demonio para perturbar la paz interior de esta bendita religiosa, porque la maltrataba muy frecuentemente en la oracion, como testificaron las MM. fundadoras que les sucedia en el convento de México. Fué tal su penitencia, que se tiene por cierto le ocasionó la muerte un cilicio de hierro que continuamente traia, de que le dió accidente de hidropesía, con que pasó de esta presente vida á su esposo Cristo el año siguiente de quinientos noventa y nueve, el dia cierto no saben las MM. religiosas que hoy viven. Así consta vivió tres años despues que vino de México en el convento de Mérida, con grande ejemplo de virtuosa y opinion de santidad, con la cual murió, siendo primicia esta sierva del Señor de las muchas que aquel religioso convento ha ofrecido á S. M. Divina.

El segundo fruto que este espiritual verjel dió al cielo, y primero de sus plantas, fué la M. Leonor de la Encarnacion, natural de la ciudad de México, y descendiente de aquel gran emperador de la Nueva-España llamado Mote Cuhzuma, ó Montezuma. Sus padres de esta señora vinieron á esta tierra en compañía de Da. Beatriz de Herrera, mujer del adelantado D.

Francisco de Montejo, cuando volvió á estas provincias el año de mil quinientos cuarenta y seis. Trajéronla de edad de doce años, y fué dada en matrimonio á un conquistador llamado Francisco Berrio, que tenia encomienda de indios en esta tierra. El año de mil seiscientos llevó nuestro Señor á la otra vida á su esposo, con que quedó viuda del terreno para mejor desposorio con el Señor de cielo y tierra. Sucedió en la renta de su marido, pero deseando servir á la Majestad Divina, desocupado su espíritu de la atencion á los bienes temporales, pidió el hábito de religiosa en el convento de Mérida el mismo año de seiscientos, y cuarto de la fundacion. Estuvo en estado de novicia diez y ocho años, que despues vivió, no por no profesar aquel perfecto estado, sino porque con la profesion la renta no vacase. Movióle á esto un afecto caritativo, porque habiendo experimentado la pobreza y necesidad de aquel convento, le daba su renta para ayuda del sustento de las religiosas, cuya regular observancia ejecutaba como si fuera profesas, siendo ejemplar de virtudes con que á todas las tenian edificadas.

Fué su vida desde que entró en el convento muy penitente, ayunando tres dias de todas las semanas con solo pan y agua, y los restantes su sustento eran legumbres polvoreadas con ceniza, que muy raras veces se le vió comer carne alguna. Siendo el agua cosa que mucho apetecia, en todo este tiempo no se sabe que religiosa la hubiese visto beberla, que tenian por gravísima mortificacion sabiendo lo mucho que la apetecia. Hacia muchas penitencias, así ocultas como manifiestas á las religiosas, para atraerlas con su ejemplo. Trajo continuo cilicio, y todas las noches hacia rigorosa disciplina. Dábase en los pechos con una piedra fuertemente (como otro S. Gerónimo) pidiendo á Dios perdon de sus pecados; y siendo para sí tan áspera, era tan blanda y apacible para con las demas, que nunca

se le oyó ni aun una palabra airada contra alguna persona. De la continuacion de estar de rodillas, se le hicieron en ellas tres apostemas que necesitaron las curase cirujano. Ocupóse siempre en el oficio de hortelana, que ejerció con grandísima humildad y pronta obediencia.

Ocasiónole el achaque de que murió la ceniza que echaba en la comida, con que le dieron unos vómitos de sangre, de que estuvo cuatro meses ántes de su muerte enferma en cama. No por eso cesó en los ayunos de los santos sus devotos que ocurrieron, si bien á este ejercicio correspondieron divinos favores que la ayudaban, porque solia decir en su enfermedad que la asistia la Virgen Santísima Madre de Dios esforzándola, y los santos sus devotos, nombrándolos todos. Viéndose cercana á la muerte, pidió la profesion, que le fué dada el dia en que se celebra la festividad de todos los Santos. Habiendo recibido todos los Sacramentos, murió (recien esposa de Cristo vida nuestra) á cuatro de noviembre del año de mil seiscientos y diez y ocho, quedando las religiosas con gran sentimiento por la falta de su presencia, pero consolándose con entender la tenian ante la de la Majestad Divina por intercesora, como compañera que habia sido, de que daba muestra un suave olor y fragancia que quedó en su celda despues de muerta.

La madre Maria de Sto. Domingo, una de las fundadoras, vino por vicaria del convento. Fué natural de Jerez de la frontera en España, hija de Alonso Gómez de Castañeda y de Catalina Muñoz, y recibió el hábito en el convento de México, donde hizo profesion á veinte y siete de diciembre de mil quinientos y ochenta y un años. Fué religiosa de grandísima observancia, muy penitente, pues los tres dias de la semana ayunaba comiendo solo pan y bebiendo agua. Mortificaba su cuerpo con continuas disciplinas, trajo siempre cilicio hasta que murió, y tan observante del silencio que nunca

se le oyó hablar sino lo muy necesario. En lo que mas se señaló, fué en la santa oracion y meditacion en que ocupaba lo mas de la noche, tan olvidada de sí y del necesario alivio de su cuerpo, que le acontecia saliendo de este santo ejercicio dar caidas en el suelo con que se lastimaba, y tal vez con riesgo considerable de la salud, porque con las muchas disciplinas, ayunos y poco dormir, cedian las fuerzas de la naturaleza y mas la femínea. A esto aumentaba otras mortificaciones públicas, cargando pesadas cruces, otras veces haciéndose atar á un madero donde no pudiese el cuerpo tener natural movimiento, otras poniéndose una mordaza en la boca, y otros muchos actos de humillacion extraordinarios para mover á las otras religiosas á semejantes ejercicios en que la seguian, conociendo en ella singular bondad y caridad para con todas.

Estando en oracion en su celda, iba una religiosa á hablarla y sin hacer señal abrió la puerta. Como era tan recatada, y en aquel santo ejercicio no buscaba la vanagloria de este siglo, sino agradar á su divino esposo, porque la religiosa no conociese en qué estaba ocupada, se levantó con celeridad y se dió un gran golpe, de que le provino un flujo de sangre que le ocasionó la muerte. Estando con él un dia, le llevaba de comer una criada, y presentes algunas religiosas que con amor y veneracion la asistian, le dijo que yá no necesitaba de manjares de la tierra, porque la gloriosa Santa Ines le habia traido uno, con que pasaria suficientemente diez y seis dias de vida que tenia hasta su muerte, y así en ellos no comió cosa alguna: solo bebió algun poco de agua. Díjole despues á solas á la criada que el dia que habia dicho, habia de morir, y que si le faltaba el habla, cuando la viese alzar la mano derecha encendiese once candelas que le dió, y echase sahumerio, porque en aquella hora habian de venir las once mil vírgenes á acompañarla en su muerte. Sucedió lo que habia di-

cho, porque al décimosexto día agravado el achaque, estando yá sin habla, y las mas religiosas presentes, alzó la mano derecha, que era la señal que habia dado, y luego se encendieron las candelas que para aquella hora dejō, y habiendo echado el sahumero, dió la bendita alma á su Creador á once de diciembre de mil seiscientos y treinta y tres años. Con que piadosamente se entiende fué en compañía de aquellas santas vírgenes que habia dicho, á gozar la cándida corona que le estaba guardada, habiendo sido dos veces abadesa. Quedó la enfermería donde murió con un olor y fragancia extraordinaria, que atribuyeron las religiosas á cosa sobrenatural. Su cuerpo quedó muy oloroso y tratable, como si estuviera vivo. Esta bendita madre es la que fué tan devota del santo padre Fr. Pedro Cardete, y á quien sucedió lo que se dijo en el libro nono, capítulo veinte y uno.

CAPITULO SEXTO.

Vida y muerte de la madre Ines de S. Juan, natural de la ciudad de Mérida de Yucatan.

Parece que la Majestad Divina ha ido alternando en llevar para sí una de las madres religiosas de las fundadoras, y otra de las virginales plantas que en este religioso convento se le han consagrado. De las que con muy singulares y notorias virtudes en él han florecido, y dado suave olor de santidad, ha sido una la madre Ines de S. Juan, natural de la ciudad de Mérida en este reino de Yucatan y hija de padres nobles llamados Rodrigo Álvarez y Da. Maria de Sosa. Lla-

móla Dios á la religion, y le fué dado el hábito en el convento de dicha ciudad á veinte y nueve de julio, día de la gloria vírgen santa Marta, del año de mil seiscientos diez y nueve, y profesó el siguiente de seiscientos veinte. Fue religiosa muy observante, de continua oracion, muy puntual en los actos religiosos de la comunidad, y singular en la guarda del silencio. Trajo continuamente cilicio, dióse rigorosas disciplinas, sus ayunos eran muchos, y con gran mortificacion. Fué muy notada su humildad y paciencia, porque nunca, aunque la reprendiesen, dió satisfaccion alguna en su abono, solamente decia merecia mas, y que fuese por amor de Dios. Sucedia, habiéndola reprendido, llegar alguna religiosa, por si acaso estaba con sentimiento, á consolarla diciendo que le pesaba de su disgusto, y la bendita madre decia: No, madre, que bien saben las madres lo que hacen, que mas merezco. Muchas veces era reprendida solo por mortificarla, como lo decian las abadesas á las otras religiosas. Lo poco que daba de descanso á su cuerpo para dormir, era sobre los cordeles de la cama, sino cuando le mandaba la abadesa que durmiese sobre algun colchon, cosa que aunque obedecia sentia mucho.

No pudo la fama de su mucha virtud estar oculta en lo interior de la clausura: salió fuera y llenó la ciudad de la opinion de su perfeccion de santidad y vida. Por tal la tenian gran devocion, y muchas personas viéndose en aficciones y trabajos, la iban á pedir que las encomendase á Dios, pareciéndoles que con sus ruegos saldrian bien de ellos. Referiré algunos casos particulares sucedidos en esto, como suele obrar la divina misericordia, por méritos de los santos, prodigios y maravillas, cuando son convenientes para gloria suya y edificacion nuestra, que así parece haber querido manifestar el Señor los méritos de su sierva la madre Ines de S. Juan en algunas ocasiones.

En una, un hombre (que en el memorial que me dieron la madre abadesa y difinidoras dicen que su estado no se declara por convenir así) estando con una india casada en parte poco oculta, llegó el marido de aquella india, y viéndola con el hombre, sacó un cuchillo que llevaba, y intentó herir ó matar á la mujer. Viendo el hombre la intencion del marido, por librar á la india, envió con él y le quitó el cuchillo con que le dió una puñalada, de que cayó mortalmente herido. Al ruido miéntras esto sucedió acudió mucha gente, y el que dió la herida al marido de la india se salió por otra puerta. Miéntras le sucedia esta desgracia se acordó de esta sierva de nuestro Señor, á la cual veneraba con devocion, y en lo interior de su corazon le pidió su favor, y luego que se salió de allí fué al convento y rogó le llamasen á la madre Ines de S. Juan. Vino al torno, y le refirió lo que le habia sucedido, pidiéndola le encomendase á Dios, para que le librase del riesgo que por ello temia. La bendita madre le consoló, y dijo que le encomendaria á nuestro Señor, y que así quedaba encargada de ello. Fué cosa digna de admiracion que habiendo sucedido en parte casi pública á hora de misa mayor, y vístolo tantas personas, este suceso se calló de suerte, que ni se supo ni se hizo diligencia alguna de las que suelen, sobre él, ni se habló de ello, ni se supo que se habia hecho la mujer ni el indio su marido que quedó tan mal herido, atribuyéndose esto á las oraciones de esta bendita madre, porque apénas sucede cosa semejante cuando con la cortedad de la ciudad luego se sabe y publica.

Otra vez sucedió que estando la madre Isabel de S. Juan (actual abadesa del convento cuando esto escribo) con un accidente en un pié, que llaman hormiguero, llegó á tal riesgo que el cirujano estaba con última determinacion de cortarle con hierro toda la carne superflua que tenia. Viéndolo esta sierva Dios, se com-

padezió de lo que la madre Isabel de S. Juan padecia y habia de sentir con aquella rigorosa cura, y la encomendó á Dios, tomando por su cuenta el curarla sin que llegase á aquel extremo. Confiando la enferma mas de las oraciones de esta bendita madre, que de las medicinas naturales, se dejó en sus manos para que la curase. La cura fué un poquito de agua bendita, y rezarla unas oraciones, con que luego al punto la enferma sintió mucha mejoría, y muy en breve entera sanidad, sin mas médico ni medicina. Y esta madre abadesa que sanó así es la que me dió el memorial que he dicho firmado de su mano y de las religiosas mas graves del convento.

Un juéves santo por la mañana, siendo la bendita madre Ines de S. Juan sacristana del convento, la madre abadesa (que entónces era) la riñó mucho y con muy ásperas palabras, á que ella, como tenia de costumbre, no dijo mas, que sea por amor de Dios. Porque dijo esto la trató la abadesa con mas aspereza que ántes, llamándola hipocritona, y dejándola con confusion y menosprecio como á culpada, porque, como se ha dicho, solo lo hacian por mas mortificarla. Tolerólo con la paciencia y humildad que acostumbraba, y la Majestad Divina la honró luego (como suele decirse de contado.) Cantóse la misa, y comulgaron en ella todas las religiosas. Habiendo recibido al Señor la bendita madre Ines de San Juan, se fué desde el comulgatorio al coro, y puesta de rodillas en él daba gracias á la Divina Majestad por haberla recibida sacramentada. Fué tambien la madre abadesa al coro, y estando en él vió ocularmente que del lado izquierdo sobre el hombro de la bendita madre Ines de S. Juan, salia un ramo hermosísimo de azucenas, con que parece quiso nuestro Señor manifestar á la abadesa la candidez de aquella su sierva, y cuán agradable le era. Así lo entendió, confesaba y decia despues la

madre abadesa á las demas religiosas, de suerte que ella no lo llegase á entender para que la reverenciasen, pero por mas ejercitarla la mortificaba en todo cuanto le parecia conveniente.

Dos ó tres dias ántes de la muerte de esta bendita religiosa, veian las que dormian en el dormitorio donde dormia ella, sobre su cama hácia la cabecera, una luz como una luna llena, y juzgaban que era algun gran favor que nuestro Señor la hacia, causándolas grande admiracion. Estando buena y al parecer sin achaque alguno, envió á llamar á su madre y hermanos, y fué para decirles cómo yá se acercaba el fin de su vida en esta carne mortal, y que era la voluntad de Dios que pasase á la eterna. Díjoles que el dia de Sta. Marta, que era de allí á tres dias, moriria, que tal dia habia recibido el santo hábito que traia y habia profesado. Esto sucedió domingo veinte y siete de julio, y mártes siguiente veinte y nueve del mismo mes, dia de la gloriosa Sta. Marta, habiendo recibido los Santos Sacramentos con mucha devocion, pasó de esta vida (como habia dicho) á la eterna, quedando con gran sentimiento todas las religiosas del convento, por faltarles tal madre. Murió año de mil seiscientos y treinta y ocho, siendo de edad de cuarenta años, y habiendo servido á nuestro Señor en la religion diez y nueve ajustados, sin dia mas ni menos.

CAPITULO SEPTIMO.

De la madre Marina Bautista, natural de Campeche, y de otra fundadora y criadas virtuosas.

La madre Marina Bautista fué natural de la villa de Campeche en este reino, y hija legítima de Juan de

Senescal y Catalina de Zanabria. Recibió el hábito de religiosa en el insigne convento de la Concepcion de la ciudad de México, y profesó á veinte y dos del mes de julio, año de mil quinientos setenta y dos. Habiéndose de fundar el convento de Mérida, vino nombrada primera abadesa de él. Fué muy observante de su profesion, y tan penitente en ayunos, disciplinas y continuos cilicios, que muchas veces se los mandaban quitar los médicos, porque hubo veces que llegó á peligro de morir por el daño que en la salud le causaban. De tan gran silencio, que traia al tiempo en que se guarda una piedra en la boca por no quebrantarle. De tanta paz interior y exterior, que no la perdió por ocasion de enojo que la diesen. En lo que mas se señaló fué en continua oracion, en la cual juzgan las religiosas recibió muchos favores de la Majestad Divina, porque era tan recatada que tenia dado orden no llegase religiosa alguna donde estaba el tiempo que viesen las cortinas de su cama corridas. Tienen por cierto estaba entonces en profunda contemplacion ó éxtasis, porque saliendo de allí decia cosas que acababan de suceder en partes muy distantes. Solia decir á las fundadoras. ¡Acuérdanse de la madre fulana de nuestro convento de México? y respondiéndola que sí, decia: encomiéndenla á Dios, que pasó de esta vida, y observando el dia llegaba despues la nueva y hallaban haber sucedido el mismo en que lo dijo.

Sábense algunos favores que nuestro Señor la hizo. Una noche de la Natividad de Cristo Redentor nuestro, oyendo la primera misa, cuando el sacerdote levantó la hóstia consagrada, vió á su Divina Majestad en ella en forma de un niño hermosísimo. Así lo comunicó á un sacerdote de quien dicen las religiosas que lo supieron, y tambien á la que tenia en su compañía. Aconteció diversas veces oir cantar misas, y hacer sufragios por algunos difuntos, y preguntar por quién eran,